

mérito teniente general don Juan Andrés Gelly y Obes.

Mitre, como muchos otros compatriotas, tuvo que abandonar la plaza y salió de ella en demanda del ejército libertador de Paz en Corrientes, llevando su espada y las charreteras de teniente coronel ganadas en la cruenta liza á los veinticinco años de su edad, sobre la línea de fuego de las baterías de la nueva Troya.

Allá iba el proscripto de la libertad, solo, hollando el camino que le marcaba el infortunio y le señalaba el deber, en busca de un puesto de combate en las filas de los que luchaban en nombre de la civilización argentina; pero la fatalidad que perseguía á los buenos había disuelto el ejército del *manco* famoso, y aquel desterrado de veinticinco años, de cuerpo endeble con alma de potente luchador, dirigió sus pasos á Bolivia en busca de asilo, precedido de la fama que ya rodeaba su nombre, seguido por la más amarga de las ingraticudes...

Dirigía los destinos de aquella República el general don José Ballivián, el más distinguido de sus militares.

Este ofreció á nuestro compatriota la dirección del Colegio militar, y aceptada, fué admitido, atendiendo á su capacidad y aptitudes, dice el despacho, al servicio de la República con fecha 22 de octubre de 1847 en su clase y arma; cargo cuyo desempeño no le impidió redactar el diario *La Epoca* en cuyas columnas discutió la cuestión de límites que entonces mantenía aquel país con el Perú.

Estalló en el sur de Bolivia una revolución en contra del gobierno de Ballivián, invocando el restablecimiento de la constitución política de 1839 subrogada por la del 43, y Mitre le acompañó en la campaña, desempeñando el alto y difícil cargo de jefe de estado

mayor de las fuerzas legales, sin perjuicio de la comandancia directa de la artillería, arma de su predilección por científica.

Peleó en los campos de Lálava y concluyó la campaña con su último cañonazo en Vitiche, cuya acción decidió, como lo dice su biógrafo Lamarque, con sus certeros fuegos y atrevidas disposiciones. Ballivián le rindió cumplida justicia en el parte de la batalla: «Ha »trepado con sus cañones á eminencias que hasta ahora tan sólo las águilas han visitado... ¡Después su fama y su bien adquirido renombre se han cernido en regiones superiores al vuelo audaz de las águilas!

El gobierno de Bolivia le declaró «benemérito en grado heroico y eminente de la República», condecorándole, además, con un escudo de distinción que sólo conocen sus íntimos, porque la modestia ejemplar de su dueño lo veda á la mirada de los extraños como á tantísimos títulos honoríficos que le han discernido pueblos americanos y europeos y que envidiaría cualquiera...

Don Eusebio Guilarte, general boliviano, *pacño* distinguidísimo, una de las entidades políticas más culminantes de aquella República, preparaba un poderoso movimiento revolucionario. Mitre le disuadió de ejecutarlo y salvó por entonces á aquel bravo militar que poco después caía herido de muerte en un oscuro motín de cuartel en Cobija.

Nombrado comandante militar del departamento de La Paz, se trasladó á este punto. Allí fué invitado á tomar parte en un movimiento subversivo y rechazó la oferta: estalló la revolución y el artillero laureado en el sitio de Montevideo ametralló allí á las puertas mismas de su cuartel, á los corifeos del desorden social como ametrallara en los campos de Cagancha á los rojos satélites de la tiranía...

La revolución triunfó y los vencedores abrieron sus
ARENGAS 17.—TOMO III

filas llamando á sí á nuestro compatriota, al mismo que en ellas produjera tremendos claros con el fuego de sus cañones, pero cuyas nobles prendas no eran menos noblemente reconocidas y justamente valoradas. Resistió con generosa altivez los ofrecimientos y pedidos de los vencedores, prefiriendo á la claudicación, la condición del vencido que no puede con la fuerza contrarrestar la fuerza, pero puede rechazar en homenaje á su conciencia y á sus principios las solicitudes ó halagos del comodismo inmoral...

Entonces fué desterrado, concediéndosele el angustioso término de dos horas para abandonar el país, siendo escoltado para asegurar el cumplimiento de lo mandado hasta Puente del Inca, en el Desaguadero, fronterizo al territorio peruano. Al pasar por las antiguas ruinas de Tiahuanaco, restos informes que aun señalan el pasaje de una raza indígena fuerte que extinguió el sable del conquistador español, la superioridad de su espíritu se sobrepuso á su penosa situación personal y solicitó del bárbaro corifeo que lo custodiaba, permiso para detener el paso.

¿Era para conceder reposo al cuerpo y al espíritu fatigado? No. Era para arrancar á aquel hacinamiento de escombros de siglos el secreto que guardaba; y el talento del proscripto puesto en el empeño de la investigación científica arrancó á los fragmentos de los viejos muros la revelación de lo que fueron aquellos que los levantaron, poniendo con esfuerzo de titanes piedra sobre piedra, y que después cayeron al empuje irresistible del tiempo que nada deja de pie, convirtiéndoles en polvo de muertos anónimos hasta que el prisionero ilustre alumbró con la luz de la ciencia aquel campo sin ecos del pasado, cubierto de ruinas y esqueletos... (17)

Fué al Perú, pero tuvo que abandonarlo perseguido por las autoridades, resistiendo la invitación que se le

hizo para tomar parte en una revolución que se preparaba en favor del general Iguain, y entonces pidió á Chile el asilo que cuatro pueblos sudamericanos le negaban: Chile se lo concedió... Allí redactó *El Comercio* en Valparaíso y *El Progreso* en Santiago, haciendo severa oposición al gobierno que falseaba las leyes del país en que había encontrado pan y techó, que retribuiría con usura en inteligentes y abnegados servicios á los intereses populares.

Pronto obtuvo el premio que su lealtad á su conciencia de repúblico le propició en todas partes: el oficialismo ensoberbecido prohibió la circulación del impreso, embargó su imprenta, encerró al periodista en un calabozo, transportóle después á un pontón y por último expulsóle del país desterrándole al Perú.

«Durante el tiempo que estuvo en Chile, dice uno de sus biógrafos (18), animado constantemente de esa perseverancia que domina siempre en él en todas las circunstancias de su vida en sostén de las mejoras sociales y adelanto moral de los pueblos, publicó varios folletos políticos y literarios, discutió con esa lógica y novedad de dición con que arrastra y se apodera de la imaginación del auditorio, las cuestiones económicas que han alimentado por cinco años la discusión de la prensa y del Congreso. Su espíritu elevado no le permitió permanecer indiferente ante las aberraciones existentes en la legislación de aquella República, y atacó vigorosa y tenazmente la institución monstruosa de los mayorazgos que aun se hallaba vigente, combatió las groseras preocupaciones que dominaban en la sociedad, atacó la intolerancia religiosa, abogó por la libertad política y de comercio, y como es natural suponerse, como resultado lógico cuando se combaten principios hondamente arraigados por el dominio de largos años, se granjeó la enemistad á la par del respeto del partido pelucón de

»Chile, que era el dominante, á la vez que el amor del partido liberal, que á su vuelta del destierro, le recibió en triunfo en Valparaíso y Santiago...»

Fué, pues, como lo decimos antes, desterrado también de Chile, y allá va el cinco veces proscrito siguiendo la interminable jornada por la dolorosa *via crucis* á que le lanzara su amor á la verdad y á la justicia; allá va con planta desgarrada y serena frente llevando la preciosa carga de su credo nobilísimo á golpear las puertas de la patria peruana, para predicarlo con la fe del convencido y la fortaleza del varón en el hogar de los hijos del Sol, y de allí saldrá en marcha triunfal, camino de Chile nuevamente, de donde será arrojado otra vez, porque ya no calienta aquel ambiente la pasión que alimentó el alma generosa de San Martín y de O'Higgins.

Imposible nos es dar una idea de la luminosa acción de Mitre. Su palabra conquistó tal autoridad, que conmovió al pueblo é hizo temblar al gobierno. Vuelto del destierro, obsequióle con un banquete político: la mano prepotente de los mandones cierra el local con doble llave, pero el pueblo se acerca á sus puertas y las abre, haciéndolas saltar en astillas.

Volvió á la brecha y su pluma produjo una revolución que originó su sexto destierro, ⁽¹⁹⁾ pero al abandonar las costas que alumbraba la estrella del Pacífico las dejaba fecundizadas con los grandes principios que dan nobleza, poderío y felicidad á los pueblos y que no mueren, aunque algunas veces caigan desgarrados en batallas como las de Concón y La Placilla, en que inútilmente pretendió ahogarlos la autocracia del dinero y de la cuna por la mano de hierro de un militar alemán.

No faltará quien sonría al leer afirmación tal. Recuerde el incrédulo á quien eligió Balmaceda para hacerlo depositario de su testamento político en el mo-

mento de llevar á la sien la pistola con que destrozó su potente cerebro de pensador, y se convencerá que no nos ofusca la pasión al afirmar, los primeros, que el mártir de la democracia chilena ejecutó acto de justicia cuando, de pie al borde de la fosa deliberada y serenamente abierta, extendió su vista por la extensión del mundo republicano y detuvo su mirada en la frente venerable de nuestro ilustre compatriota. ¡Balmaceda, cuyo sacrificio no ha sido aún bien valorado, proclamó á Mitre, á nombre de Chile y á despecho de su olvido de medio siglo, glorioso precursor y fundador de la democracia chilena!

Abandonó, decíamos, aquel suelo en que halló techo y persecuciones, leales amigos y adversarios iracundos, holló la senda del triunfo y el camino del destierro, recogió laureles y libó acíbar, sembró ideas, cosechó ingratitudes y batalló por la libertad; abandonó aquel suelo, repetimos, para acudir á la llamada solemne que en nombre de la patria argentina hacía vibrar en las costas del Paraná el clarín que tocaría la diana triunfal de Caseros.

La hora profetizada por el poeta nacional en el destierro, el «¡más allá!» de Mármol, llegó por fin, y Mitre, que había cruzado medio continente predicando el evangelio de la libertad y del derecho, empuñó otra vez la espada y corrió á ponerse al lado de Urquiza así que resonó en su oído el grito redentor del 1.º de Mayo. ⁽²⁰⁾

Sarmiento, el insigne luchador, y Paunero el viejo veterano de Ituzaingó, le acompañaban. Con ellos arrojó el fuego del *Tonelero* el 17 de diciembre de 1851 entre las barrancas de San Nicolás y la «Vuelta de Obligado» y poco después era presentado personalmente por el almirante brasileño Greenfell al capitán general Urquiza, que le recibió con marcadas muestras de distinción. ⁽²¹⁾

Batióse en Caseros (3 de febrero de 1852), mandando una de las dos divisiones de artillería que estaban bajo la dirección del coronel Pirán; (22) hubo allí de ser muerto por una de las balas que Chilavert disparaba en sostén de la tiranía; y como á San Martín le salvó un correntino la vida en San Lorenzo, un correntino salvó la vida del futuro unificador del país argentino en esta memorable batalla. (23)

En aquel campo de que resurgió la libertad perdida y en que los buenos concluyeron con la afrenta de veinte años, Mitre conquistó un laurel más para su corona de guerrero y las charreteras de coronel ganadas en la batalla. (24)

La cruzada no había, empero, concluído: la fatalidad no le permitiría reposar tranquilo en el hogar argentino: terminada la lucha con Rosas comenzaría la lucha con Urquiza.

Fundó *Los Debates* (editado por la imprenta de Rosendo Labarden) que dejó honda huella en el periodismo platense; y abiertos los comicios al voto popular, sus conciudadanos le llevaron á ocupar un asiento en la representación de la provincia, quebrando para ello la arbitraria voluntad del general Urquiza.

Este personaje se había en pocos días enajenado las simpatías y buena voluntad del pueblo de Buenos Aires merced á los condenables manejos de su política aviesa, y fué Mitre, como lo pronosticara Paunero, uno de los ciudadanos que con mayor entereza le combatiera en todos los terrenos en defensa de la soberanía de la provincia torpemente desconocida.

En efecto: al siguiente día de su triunfo, el 4 de febrero de 1852, Urquiza suscribió una proclama en que, demostrando sus deseos de reorganización constitucional del país, ofrecía olvido absoluto de lo pasado y pedía la fusión y concordia de todos los partidos políticos en que estaba dividida la opinión.

Fresca estaba aún la tinta con que escribió ese documento cuando comenzaron en Palermo, á las puertas de la ciudad redimida, los atroces fusilamientos de prisioneros, por orden verbal del vencedor, y entre ellos el del coronel Martiniano Chilavert, crimen que le enrostró personalmente el coronel Mitre, condenándole con frase viril; é inmediatamente después remitió á la provincia de Entre Ríos setecientos soldados prisioneros, hijos de Buenos Aires, cañones, municiones de guerra, toda clase de armamento portátil, vestuarios, carruajes y otros muchísimos objetos extraídos del Parque, propiedad exclusiva del gobierno de esta provincia, y de que aquél se apropiaba como botín de guerra ó fruto de una conquista en país extranjero, con violación flagrante de los pactos de 29 de mayo y 21 de noviembre de 1851.

El 15 de febrero el gobierno provisional de la provincia dictó un decreto declarando libre y voluntario el uso del famoso cintillo punzó por los ciudadanos, que antes era obligatorio y había sido pisoteado en las calles de Buenos Aires por los que se sentían libres con el último cañonazo de Caseros; decreto que contestó Urquiza desde su cuartel general, el día 21, lanzando una proclama injuriosa y preñada de veladas amenazas á los salvajes unitarios, es decir, á los enemigos de la tiranía que se sentían fulminados después de derrocada con los mismos epítetos que ella usara, pero por el órgano del libertador que había conjurado á todos al olvido y la concordia y no permitía que los porteños se arrancaran la librea vergonzosa y humillante.

Pero esta proclama no era otra que la confirmación oficial de un propósito hostil de que pudo convencerse el pueblo el día anterior. Buenos Aires había preparado una recepción solemne á sus libertadores, que se efectuó el 20 de febrero, y no esperaba, segura-

mente, el desaire y el ultraje que Urquiza meditara inferirle y que ejecutó en esa ocasión. No describiremos nosotros la actitud del pueblo en aquel día memorable, pues cederemos la palabra á un testigo ocular, cuya imparcialidad no será puesta en tela de juicio, porque, extranjero á nuestra nacionalidad y á nuestras cuestiones políticas, se limita á pintar lo que vió, con los colores de la verdad: «Por más que mi ánimo estuviese prevenido—dice el general oriental César Díaz en sus *Memorias*,—con la idea de lo que el entusiasmo de aquel pueblo era capaz de hacer en honor de su libertad y en obsequio de sus libertadores, confieso que quedé sobremana sorprendido al contemplar el grandioso aspecto que la calle del triunfo presentaba. Las veredas, las ventanas, los balcones, las azoteas, todo, todo, estaba cubierto de gente y adornado de banderas de todas las naciones del mundo, notándose entre ellas con especialidad y profusión, las que ostentaban los colores de la alianza. Los vivos á la libertad, al ejército libertador, al general en jefe, á la alianza y á cada uno de los jefes y cuerpos que la componían, atronaban sin cesar el aire y absorbían el ruido estrepitoso de los instrumentos marciales. Lluvias de flores inundaban la calle sirviendo de pavimento á nuestros pies; y sus gratos efluvios impregnaban de exquisito aroma el ambiente que aspirábamos. La escena era continua. De cuadro en cuadro, renovábanse los transportes del pueblo y con ellos nuestros goces. Cuando creíamos haber salido del punto en que el entusiasmo era al parecer mayor, entrábamos en otro en el que la expansión del contento y la alegría parecía superar á cuanto hasta entonces habíamos presenciado.

»El pueblo de Buenos Aires estaba verdaderamente sublime en aquel día para siempre memorable; y los orientales que tuvimos la fortuna de participar de

»las sentidas manifestaciones de su inmensa gratitud hacia sus libertadores, no podremos olvidarlo jamás.» ⁽²⁵⁾

Pues bien: el general Urquiza, objeto principal en aquella colosal demostración de gratitud de todo un pueblo, hirió deliberadamente su cultura y sus más íntimos sentimientos, presentándose vestido con uniforme de brigadier general, oculto por el tradicional poncho de nuestros gauchos y cubierta su cabeza con sombrero alto, de felpa, absolutamente inapropiado al acto, adornado con el odioso cintillo punzó, representante de tanta sangre derramada y tanta vergüenza sufrida en veinte años de atroz despotismo; y al pasar por el edificio del Coliseo (actual Banco de la Nación Argentina) en cuyos balcones le esperaban los hombres de gobierno y los miembros del cuerpo diplomático para cumplimentarle y felicitarle, no se dignó mirarlos siquiera, infiriéndoles un desaire tan ultrajante como gratuito é inmerecido.

El pueblo comenzó á sospechar un nuevo Rosas en la personalidad de su vencedor, y á desconfiar de las declaraciones hechas al obispo Escalada de respetar sus intereses y soberanía.

Convocada la provincia para la elección de sus representantes y designación consiguiente de su gobernador propietario, cruzóse ante la voluntad popular la influencia política y militar del general Urquiza, que pretendió imponer una lista de candidatos suyos, prestigiados por la decisión de la fuerza armada. El día de la elección, á pesar de lo que hoy digan los que buscan componendas escribiendo para tontos y troyanos, Urquiza llenó de tropa de línea los atrios, distinguiéndose por sus violencias en la importante parroquia del Socorro, el coronel don Matías Rivero, caído gloriosamente años después en los campos del Paraguay. La lista popular triunfó, empero, ⁽²⁶⁾ y la honorable sala

de representantes fué instalada con toda solemnidad el 1.º de mayo de 1852, procediendo, poco después, á elegir gobernador al doctor Vicente López y Planes, candidato de Urquiza, sacrificando en homenaje á la concordia á don Valentín Alsina, que positivamente obtenía el concurso de la mayoría de sus miembros.

Poco después se celebraba el acuerdo de San Nicolás, en que se concedía por los gobernadores de provincia al general Urquiza más que un poder ilegal é irresponsable, un cúmulo monstruoso de facultades á que la legislatura de Buenos Aires no podía subscribir por razón alguna sin hacerse reo de un verdadero crimen político. La historia de su tramitación es interesantísima pero fuera de las proporciones de este rápido esbozo. Las sesiones de la cámara de Buenos Aires de 21 y 22 de junio á que dió lugar y en que se discutió especialmente, son inolvidables, y representarán siempre un título de honor de los legisladores bonaerenses. Mitre, representante del pueblo, se irguió allí con altivez gallarda y se colocó decididamente frente á Urquiza, cuyos odios había despertado ya con motivo de las elecciones del 11 de abril. (27) Fué su primer discurso de importancia, después de su regreso á la patria, y con él sentó su fama imperecedera al combatir el acuerdo «obedeciendo la voz de su conciencia que le mandaba marchar hacia adelante por el camino de la libertad conquistada, y tomando por guía una de esas estrellas que no se apagan nunca en el cielo: ¡la justicia!»

Juzgando sus discursos parlamentarios el *Southern Cross*, de Londres, en 1876, decía refiriéndose á aquél: «Hemos leído con gran interés y atención el primer discurso parlamentario del libro que nos ocupa, pronunciado cuando el general Mitre era aún joven, comparativamente hablando y en época en que no había conseguido aún formar completamente su estilo. Es

»curioso examinar su oratoria naciente, y compararla después con la perfectamente desarrollada del discurso en la cuestión San Juan. El asunto de que trata el expresado trabajo es el acuerdo San Nicolás, y constituye, en nuestra opinión, tan acabado ejemplo de una oración ciceroniana como es posible encontrarlo en las obras de cualquier orador parlamentario, sin exceptuar á lord Grey que, como es sabido, fué imitador servil del gran romano. Consiste en una corta peroración y de una réplica al terminar el debate, constituyendo esta última, fuera de toda duda, un esfuerzo impremeditado, pero por lo mismo más valioso en nuestro concepto, por cuanto muestra las dotes que adornaban al novel orador. Hay en este trabajo algo más que una promesa, y simultáneamente con su aparición ha debido el joven orador y estadista tomar su puesto en primera fila.» (28)

Fué el doctor Vicente Fidel López, desgraciadamente, quien, comprometido en la defensa imposible de los actos políticos de su padre, rebajó el nivel moral de la discusión descendiendo á ataques personales é imputaciones injuriosas á Buenos Aires que calificó de degradado y sin honor.

Vencidos los ministros que sostenían el acuerdo, declinaron el cargo, siguiéndoles el gobernador propietario que dimitió, siéndole aceptada la renuncia por la Legislatura, disponiendo se hiciera cargo provisionalmente del Poder Ejecutivo en acefalia su presidente el general don Manuel Guillermo Pinto. Urquiza rugió de ira; se sintió prepotente, y discípulo al fin de la tiranía que en un momento de patriótica inspiración volcara con empuje férreo, empleó un medio brutal para contrarrestar la oposición ilustrada de sus adversarios: dando un golpe de autoridad asumió dictatorialmente al gobierno de la provincia atropellando sus fueros y soberanía, disolviendo la cámara, mandó

suspender los periódicos, sellar las imprentas é hizo apresar á Mitre, Vélez Sarsfield, Portela y otros que fueron remitidos á bordo del buque de guerra *Merced* con orden de destierro. ⁽²⁹⁾

Mitre, que había sido uno de los más valientes impugnadores de la política de Urquiza, contribuyendo en primera línea á desmenuzar el acuerdo ilegal de San Nicolás, protestó enérgicamente en la última sesión de la cámara contra los procederés violentos de aquél, conquistando la simpatía y la adhesión del pueblo que al abandonar el recinto le llevó en triunfo hasta su domicilio en medio de entusiastas vivas y aclamaciones.

Poco después era apresado y expulsado del país, declarándolo Urquiza que procedía así para salvar á la patria de la demagogia después de haberla salvado de la tiranía.

Mitre *anarquista...*

El doctor López (padre) fué nombrado nuevamente por Urquiza, con fecha 25 de junio, gobernador provisorio de la provincia que renunciaba por impotencia el 23 de julio, y como aquél no encontrara un ciudadano honrado que se prestara á reemplazarlo, vióse en la necesidad de asumir el mando dictatorialmente por segunda vez hasta el 3 de septiembre que delegaba su autoridad en el general don Miguel Galán, ó le nombraba por cuenta propia para el desempeño del cargo, de que se recibió el día 4, previo juramento prestado en manos del dictador. Cuatro días después Urquiza se dirigía á Santa Fe con objeto de precipitar la reunión del congreso nacional en aquella ciudad.

Tales fueron, apenas esbozadas, las causas que produjeron la gloriosa revolución del 11 de septiembre de 1852. Inmediatamente producido el movimiento, Mitre regresó al país. El día 14 encomendábasele presidir el enrolamiento de las milicias cívicas, y

al día siguiente llamaba á las armas á esa brillante y briosá guardia nacional, de Buenos Aires que tantas veces ha conducido al fuego: «Los cobardes que no respondan á este llamamiento—decía en su proclama,— merecerían ser marcados con un hierro ardiente en el rostro para conservar eternamente el sello innoble del esclavo... ¡Ciudadanos de todas las clases, á las armas! En nombre de la ley, por orden del gobierno y en el interés y la gloria de la patria, os llamo á tomar un fusil en defensa de lo más sagrado que tiene el hombre, la libertad y el honor. Los que desoigan este llamamiento, responderán ante la justicia de Dios con su conciencia, y ante la reprobación de todo un pueblo heroico y decidido, con su ignominia y su vergüenza.» Las proclamas de este jefe, dice un contemporáneo, inflamaron más el patriotismo bien pronunciado ya del pueblo de Buenos Aires, y los batallones de patricios se engrosaron instantáneamente tomando una fuerza incontrastable. ⁽³⁰⁾

El manifiesto de la revolución fué redactado por Mitre y aprobado unánimemente por la cámara. «En él se detallaban las causas que justificaban el movimiento, proclamando los principios que en todas épocas había sostenido Buenos Aires para fundar la libertad sobre las condiciones del sistema representativo republicano. La gravedad de ese documento daba á la situación un carácter bien grande y pronunciado dentro y fuera de la provincia. Principiaba por recorrer todas las épocas de nuestra existencia política desde el memorable 25 de Mayo de 1810, haciendo notar con elocuencia y exactitud las vicisitudes, las victorias, los esfuerzos de la inteligencia y de la espada para conquistar y consolidar en la República, los sacrosantos principios que nuestros mayores nos legaron. Las páginas de aquel manifiesto contienen la historia compendiada desde nuestras más

»grandes épocas de libertad y prosperidad, de nuestras
»más grandes desgracias bajo el hacha de la tiranía y
»de las últimas lamentables vicisitudes desde el 4 de
»febrero hasta el 10 de septiembre, en que el pueblo
»y el ejército rompieron con mano vigorosa las de-
»gradantes ataduras que les había impuesto el despo-
»tismo militar del general Urquiza; concluyendo por
»declarar que la provincia de Buenos Aires apoyada en
»las simpatías de la opinión universal, tranquila por
»el éxito de la lucha, firme en sus propósitos, fuerte
»en su justicia, confiada en la rectitud y pureza de
»sus instituciones, elevando sus votos á la Providen-
»cia, consagraba al sacrificio la cabeza de sus hijos;
»no reconociendo en nadie el derecho de imponerle por
»la fuerza, protestando á sus hermanos ante la faz del
»mundo que sería fiel á la causa que proclamaba y
»que llenaría sus compromisos y deberes cualquiera
»que fuere la suerte que el destino le preparase.» (31)

Al mes siguiente (octubre 31), ocupaba el ministerio de gobierno y relaciones exteriores en la administración del doctor don Valentín Alsina y una de sus primeras medidas fué decretar que todos los que después de la revolución del 11 de septiembre habían sido alejados del país, quedaban en absoluta libertad de regresar; y con fecha 27 de noviembre, se hizo cargo del de la guerra por ausencia del general J. M. Flores, puestos que abandonó al ascender al mando el general don Manuel Guillermo Pinto, rehusando el pedido que éste le hiciera de continuar á su lado, porque entendía servir mejor al país en las filas del ejército.

El 1.º de diciembre había estallado una revolución en Mercedes, encabezada por el coronel Hilario Lagos, antiguo y fiel servidor de Rosas, que levantaba la bandera de Urquiza mostrándose desleal á la confianza que en él depositara el doctor Alsina y quebrantando

las espontáneas declaraciones que hiciera públicamente algunos días antes. Este gobernante resignó el mando el día 6, sin permitir á Mitre marchar con una columna, como se lo pedía, á sofocar la revolución, pero antes de abandonar el poder declaró el pueblo en asamblea.

Mitre acudió á su puesto. El 7 de diciembre se cruzaban las primeras balas con los revolucionarios que al mando del coronel Angel Herrera y otros, habían entrado audazmente á diversos puntos de la ciudad de que fueron desalojados.

Entonces comenzó aquel glorioso sitio de Buenos Aires en que se peleó diariamente con las tropas de Urquiza, sin que consiguieran dominar la altivez de la ciudad heroica, sitio en que Mitre derramó su generosa sangre recibiendo un balazo en la frente en el combate de los potreros de Langdon (hoy calle Montes de Oca) el 2 de junio de 1853, desempeñando el puesto de jefe de estado mayor del ejército de la defensa, y mandando en jefe las tropas combatientes, y que duró hasta el memorable 11 de julio de 1853 en que se disparó el último tiro.

Pero oigámosle en una rectificación que respecto de esos sucesos hizo al doctor Juan Carlos Gómez en una de sus cartas (diciembre 15 de 1869), en la justamente renombrada polémica que aquél provocó con motivo de la guerra del Paraguay, y en la que contradice algunas erróneas apreciaciones de su contrincante: «Gracias; porque al menos me reconoce que nunca deserté la fatiga ni el peligro; que nunca me sublevé, en nombre de las inspiraciones del orgullo, contra los errores y desfallecimientos de mi época; que nunca me retiré á mi tienda como dándome los aires de un nuevo Aquiles, permaneciendo por el contrario al pie de las murallas de la Nueva Troya del Plata, para participar de sus miserias con Melchor